

Dom 4. LAS BIENAVENTURANZAS, ANUNCIO DE LA BUENA NOTICIA DEL REINO.

I. Felipe Fernández Caballero

II. Guía para lectura y predicación del CEC (SEC)

III. Sagrada Congregación para el Clero

IV. Radio Vaticano

MENSAJE CENTRAL

La proclamación de las bienaventuranzas es el grito de alegría de Jesús por la llegada del reino, buena noticia para los humildes y los pobres del Señor.

LECTURAS

1. Dios quiere un pueblo humilde, pequeño y pobre

Sof 2,3; 3,12-13:

La pobreza es una característica de la Antigua Alianza en la que Dios realiza su designio a través “de un pueblo pobre y humilde”

Sofonías vive al comienzo del reinado de Josías (hacia el 640), cuando el reino de Judá es vasallo de Asiria. De ahí la penetración de cultos y costumbres paganas. Sofonías protesta enérgicamente. Como Amós e Isaías, anuncia la venida inminente del Día del Señor (Sof 1,8.14), día de cólera ardiente (1,18; 2,2):

2,3: triple llamada a «buscar» al Señor. En este caso, no yendo a un santuario, Sofonías se opone al formalismo del culto, sino buscando obedecer la voluntad de Dios: práctica de la justicia y rechazo del orgullo. Esta conversión llevará «quizá» a la salvación.

3,13: después de la prueba purificadora subsistirá un «resto» de pequeños y pobres.

El Salmo 145 canta el amor liberador de Dios para todos los que sufren.

* Tema común con el evangelio de hoy: el favor de Dios para los pobres y los humildes (= mansos) que esperan justicia. Con Sofonías, la humillación de los pobres se carga de contenido religioso: los «humildes» practican la justicia, buscan refugio en el Señor, que les promete paz y dicha. El Magníficat es su canto.

2.. Dios ha escogido lo débil, lo que no cuenta

1 Cor 1, 26-31

La pobreza es también característica de la Iglesia en la que no hay muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas porque Dios ha escogido lo necio y lo débil del mundo.

La segunda lectura de hoy coincide plenamente con el texto de las otras dos.

San, Pablo comprendió la alteración de valores originada por la venida de Cristo. A partir de ella, Dios ha escogido lo débil de este mundo. Así son confundidos los criterios del mundo. Nadie puede gloriarse ante Dios.

Parece evidente que san Pablo alude aquí a cierto snobismo filosófico de la época. No quiere que los cristianos sean seducidos por aquellas corrientes de pensamiento, y pone las cosas en su punto. Por eso subraya la oposición que hay entre la sagacidad del mundo y la sabiduría de Dios. Sólo Dios es nuestra sabiduría y nuestra justicia.

La Iglesia de Corinto está compuesta de gente humilde, y la Iglesia en general cuenta entre sus miembros pocos ricos y personajes influyentes. Pocos son en la Iglesia, por tanto, los sabios a los ojos de los hombres. Pero Dios no necesita hacer juicios de valor sobre los hombres, y entre éstos elige precisamente a los poco apreciados por el mundo, pues él es quien en definitiva tiene los verdaderos criterios de juicio. En consecuencia, Dios ha elegido a lo que no cuenta para reducir a la nada a lo que es. Nadie puede gloriarse delante de Dios. A un cristiano sólo le cabe gloriarse en el Señor, que es el que le hace valer lo que vale. Fuera de Cristo no hay valor humano que valga.

De esta manera, este domingo vuelve las cosas al lugar que les corresponde, y se invita a cada cristiano a revisar los criterios utilizados por él para juzgar a los hombres y a las cosas. Sólo valemos con respecto a Dios.

Evangelio. Las bienaventuranzas de los pobres en el espíritu

Mateo 5,1-12:

Las Bienaventuranzas son el resumen del Evangelio y de la vida misma de Jesús. Todas se reducen a la pobreza por la que uno sale de sí mismo para entregarse plenamente a Dios y a los demás.

Las bienaventuranzas inician el Sermón de la montaña, el discurso-programa de Jesús que anuncia el advenimiento del reino de Dios..

Los gritos de alegría de Jesús por la llegada del Reino de Dios y de la liberación que viene con él, fueron interpretados en la comunidad de Mateo como orientaciones para la conversión y el cambio de vida que exige dicho acontecimiento. En cada bienaventuranza existe una tensión entre la situación presente y la que está a punto de brotar. El reino de hace germinalmente presente en los pobres, los misericordiosos...pero Dios está a punto de instaurar definitivamente este reino, y la situación va a cambiar radicalmente. En conjunto, las bienaventuranzas son un mensaje de esperanza y una palabra de aliento para descubrir la presencia del reino y anhelar su llegada definitiva.

Las cuatro primeras están relacionadas entre sí. Son una declaración de la felicidad que poseen aquellos que se abren a la acción de Dios en una actitud de acogida sincera, los pobres del Señor que han puesto su confianza en él, esperando que Dios manifieste su reino y colme su esperanza.

Las cuatro bienaventuranzas siguientes son propias de Mateo y están más orientadas hacia el comportamiento cristiano, a las actitudes que los discípulos deben tener. Se les invita a la misericordia, una actitud muy importante para vivir en comunidad, a tener un corazón limpio, es decir, a vivir y actuar sin ninguna duplicidad ni engaño, a construir la paz, siendo instrumentos de reconciliación entre los hermanos y con todos los hombres, a permanecer firmes en la persecución, sostenidos por la certeza de que el fruto de esa perseverancia será el anhelado reinado de Dios.

La última bienaventuranza es una aplicación concreta de la octava, en la que puede advertirse las motivaciones y las formas que revestía dicha persecución en la época en que fue redactada.

Las bienaventuranzas son el camino que conduce a la santidad, el programa de la perfección cristiana que han realizado a lo largo de sus vidas quienes ahora glorifican al Cordero revestidos de túnicas blancas y con las palmas del triunfo en las manos.

HOMILÍA

A partir de este domingo, el evangelio de San Mateo nos va a enumerar las condiciones necesarias para acoger y hacer presente entre los hombres el Reino de Dios. Hoy, las tres lecturas coinciden en presentar la humildad, la pobreza y la sencillez como exigencias indispensables de nuestra pertenencia a ese Reino.

1. Sometido a Asiria desde hacía un siglo, el pueblo de Judá asumió como propias las costumbres y los comportamientos del paganismo y cayó en el abandono de Dios, en la injusticia social y en el culto a la riqueza. El profeta Sofonías, fiel a la misión recibida del Señor, llama entonces a la conversión de los corazones. Frente a la indiferencia religiosa de los más, se dirige a los humildes y les invita: "*buscad al Señor*"; a los que han caído en la corrupción social y económica les dice: "*buscad la justicia*"; y a cuantos han sucumbido a la obsesión de la riqueza, les exhorta: "*buscad la moderación*".

El profeta no oculta la posibilidad de un juicio severo del Señor sobre su pueblo. Pero, sobre todo, le anuncia la aparición de un nuevo horizonte de salvación: Dios va a purificar a las naciones y a Judá para crearse un nuevo pueblo, apenas un "resto", despojado de bienes materiales, que renuncie a la autosuficiencia, que se fundamente en la verdad, que camine en la humildad y que, por todo ello, sólo ponga su confianza en Dios. Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

Hay, pues, una posibilidad de futuro para la humanidad, pero ésta va a depender de su apertura a la llamada de Dios, porque en él se apoya todo valor auténticamente humano, y sólo en el Señor se asienta también la posibilidad de una convivencia en la verdad, en el respeto mutuo, en la justicia y en la paz.

2. El Apóstol Pablo indica hoy al hombre y a la sociedad dónde han de cimentar su presente y su futuro: "*Vosotros sois, pero en Cristo Jesús. La gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta, ha sido elegido por Dios*", y eso les hace más apreciables que todos los que "cuentan" en este mundo. El sabio, el rico, el fuerte y poderoso para el

mundo, no lo tienen todo: necesitan de Dios. Sólo tiene valor lo que él aprecia; sólo es sabio quien tiene la sabiduría que él comunica.

Por eso Dios se hace presente a nuestra historia en la persona de Jesús. *En Cristo, Dios se ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención.* Él ha venido a decirnos que Dios es lo primero, y que se hace presente a nosotros sin que lo llamemos ni lo merezcamos. Suya es la iniciativa, porque suyo es el amor. Él solo quiere la felicidad de todos los hombres: para eso los creó y para eso recorre junto a ellos el camino de la historia.

Nosotros, sin embargo, nos empeñamos en arruinar la obra de Dios haciendo infelices a otros: acaparando bienes, generamos pobreza; afirmando nuestro poder, oprimimos y humillamos; buscando una falsa alegría, hacemos sufrir y llorar.

3. Como un nuevo Moisés, Jesús sube a la montaña y proclama una nueva ley. A partir de ese momento, el Decálogo se transforma en Bienaventuranza, y las relaciones humanas se reorganizan bajo la claridad de un nuevo resplandor y la inspiración de un espíritu nuevo. Las bienaventuranzas anuncian que Dios viene a salvar a los que han sido condenados y menospreciados por los hombres. Al llamar bienaventurados a los pobres, les anuncia que Dios no está de acuerdo con que lo sean. Jesús no puede tolerar que, hiriendo el corazón de Dios y desobedeciendo el mandamiento del amor, unos hombres hagan desgraciados a otros hombres; por eso se pone de parte de estos frente a sus opresores, les da la razón y les llama amigos y bienaventurados.

Las bienaventuranzas no son una utopía. Se han hecho realidad vivida en la persona misma de Jesús. En Él encuentran su verdad y consistencia Ellas son la mejor descripción de su vida, de su mentalidad y de su espíritu. Él, siendo rico se hizo pobre: vivió como siervo, sin tener dónde reclinar la cabeza. Él es manso y humilde de corazón. Lloró y suplicó con lágrimas a quien podía salvarlo de la muerte. Vivió para despertar en los que le seguían el hambre y la sed de la justicia. Se compadeció ante toda miseria humana. Vivió con un corazón transparente, limpio y sin doblez. Abrió sus brazos en la cruz –ese fue su trabajo por la paz– para reconciliarnos con Dios y entre nosotros. Y, por último, sufrió persecución y fue sometido a la injusticia de una muerte de cruz. Precisamente por todo eso, estuvo siempre habitado, sostenido y justificado por el Padre, que le resucitó de entre los muertos..

Quien quiera seguir a Jesús tendrá que hacer de las bienaventuranzas el eje que taladre su vida. Cualquier comunidad cristiana habrá de hacer suyos los valores del servicio, la comunicación de bienes, la sinceridad, la honradez y la justicia. Las bienaventuranzas señalan a todos los buscadores de Dios el camino que conduce al

Reino del Padre. Entrar en ese camino conllevará, inevitablemente, la certeza de ser insultado, perseguido o calumniado. Pero “estad alegres y contentos, vuestra recompensa será grande en el cielo” del CEC (S)

II Guía para lectura y predicación del CEC (SEC)

LA FE DE LA IGLESIA

Las Bienaventuranzas:

“Las bienaventuranzas están en el centro de la predicación de Jesús. Con ellas Jesús recoge las promesas hechas al pueblo elegido desde Abrahán; pero las perfecciona ordenándolas no sólo a la posesión de una tierra, sino al Reino de los cielos...” (CEC1716).

Los que esperan de Dios la justicia:

"El Pueblo de los ``pobres'', los humildes y los mansos, totalmente entregados a los designios misteriosos de Dios, los que esperan la justicia no de los hombres sino del Mesías, todo esto es, finalmente, la gran obra de la Misión escondida del Espíritu Santo durante el tiempo de las promesas para preparar la venida de Cristo. Esta es la calidad de corazón del Pueblo, purificado e iluminado por el Espíritu, que se expresa en los Salmos. En estos pobres, el Espíritu prepara para el Señor ``un pueblo bien dispuesto''" (CEC 716).

III. Sagrada Congregación para el Clero

NEXO ENTRE LAS LECTURAS

La felicidad es la vocación del cristiano. Este es el mensaje de la liturgia. A la vez, se plantea el saber dónde está la verdadera felicidad. La liturgia de hoy no nos deja ninguna duda sobre este punto: "Yo dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde...Se alimentarán y reposarán sin que nadie los inquiete" (primera lectura). "Dichosos los pobres en el espíritu, los tristes, los humildes..." nos dice el Evangelio. Y san Pablo en la segunda lectura, tomada de la primera carta a los corintios: "Dios ha elegido lo que el mundo considera necio, débil, vil, despreciable, nada...Por eso, el que quiera gloriarse, que se gloríe en el Señor".

MENSAJE DOCTRINAL

El hombre busca la felicidad. Lo hace casi por instinto, por destino, digamos cristianamente por vocación y misión. Para un no creyente o con una fe apagada, la búsqueda es un acto natural, un impulso, casi una pulsión que hay que satisfacer y apagar a toda costa. Por eso, busca la felicidad sin descanso ni pausa, incluso con angustia, y cuando halla un rayito de ella, se ilumina al menos por un instante su vida entera. A este hombre le sucede que busca el sol y encuentra sólo un tenue rayito, que pretende ser iluminado por siempre y se da cuenta de que le dura un momento fugaz. De aquí derivan dos actitudes posibles: hundirse en la negrura de la desesperación y de la indiferencia

-pero ¿es esto posible?- o reiniciar la búsqueda frenética, como un nuevo Sísifo, de esa felicidad apenas pregustada y ya ida.

Para un creyente cristiano la felicidad es una llamada, una tarea, una misión, que compromete toda la vida en la búsqueda y posesión de ella. Quien cree de veras, encuentra en la fe la raíz de su felicidad, busca con paz y alegría que las raíces de la felicidad ahonden en su corazón, sabe que esa búsqueda no es ilusoria sino que le lleva a poseer la dicha que busca, pero sabe también que la felicidad de la fe no tiene residencia definitiva en la tierra sino sólo en la eternidad.

Un no creyente no sabe dónde buscar la felicidad que su corazón anhela. Son muchos los caminos que se abren ante su mirada expectante y muchos los "profetas" que le dicen: "Por aquí...", "Sígueme y te llevaré a la felicidad"...Por otra parte, siente en sí mismo instintos y pasiones fuertes...y cree que en su satisfacción será feliz. Siente también ideales nobles, tiene pensamientos generosos y altruistas...y a veces emprende la búsqueda por ese camino. Siente con fuerza irresistible el "yo" y sus exigencias, el ansia de éxito y de triunfo...¡"Este es el verdadero camino"!, siente que le dice una voz interior. Lo emprende...y tras diversos intentos, se da cuenta de que todos esos caminos eran engañosos...Y ahora, ¿qué hacer?

A un cristiano el Evangelio de Jesucristo le ofrece el único camino de felicidad aquí y en la otra vida. Es un camino sencillo, seguro: La pobreza de espíritu, o sea, la humildad de corazón, la sencillez de vida, el abandono confiado en Dios, el desprendimiento de las criaturas, la sabiduría de la cruz...Camino fácil y seguro, pero que desgraciadamente tiene la apariencia de un camino desagradable, duro y contrario a la naturaleza del hombre. Ciertamente, las bienaventuranzas no son eslóganes que se vendan bien en el mercado de la publicidad. Las bienaventuranzas son por esencia fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Sólo Dios nos puede enseñar el lugar donde está la verdadera felicidad. La felicidad es don, no conquista humana; es posibilidad real, no utopía.

Este don maravilloso Jesucristo lo ha recibido de su Padre. El ha vivido primeramente lo que ha predicado después en el sermón de la montaña. El ha sido dichoso en la pobreza, en la humildad, en la pureza de corazón, en la persecución, en la misericordia, en la sed de justicia, en la construcción de la paz. Detrás de Jesús, sus mejores discípulos: los santos. Ellos han entrado en el reino de las bienaventuranzas vividas y predicadas por Jesús, y una vez allí han pedido y logrado quedarse en él, ser admitidos como ciudadanos de ese misterioso Reino. Cristo invita también hoy a los cristianos a ser felices, pero a la manera como él y los santos lo han sido.

SUGERENCIAS PASTORALES

Felicidad y fe.

Puede haber en nuestras parroquias quienes piensen y vivan, aunque no lo piensen, como si la fe y la felicidad fuesen por caminos opuestos. Digamos: "Si quiero ser feliz, debo dejar a un lado mi fe" o "Si quiero vivir mi fe, he de dejar a un lado la felicidad". Algo así como si al creyente le fuesen prohibidos no uno sólo, sino todos los árboles del paraíso. En realidad es todo lo contrario, podemos probar de todos los árboles del paraíso y ser felices, sólo uno nos está prohibido, y ese es el querer buscar y hallar la felicidad en donde a nosotros nos guste o nos parezca mejor. La experiencia de la vida cristiana es ésta: Entre más profundamente se cree, más se dilata el alma, y se logra mayor capacidad para acoger la felicidad en plenitud, esa felicidad que culmina en Dios, y que abraza toda la creación, todas las criaturas.

Testigos de la felicidad.

En el mundo hay muchos hombres alegres -y me refiero a la alegría sana, no al desenfreno-, pero quizás pocos felices. La alegría es un instante fugaz, en que nos sentimos bien, contentos, satisfechos, optimistas, risueños...La felicidad en cambio es duradera: es la paz de quien tiene a Dios y vive en amistad con él, la alegría de servir por amor sin mirar a quién sino sólo por Quien, el silencio interior para escuchar y hablar con Dios, la serena mirada de fe sobre los acontecimientos de la vida y sobre las dificultades y penas de la existencia, la esperanza que no defrauda en la victoria del bien sobre el mal...Todo cristiano, si lo es de veras, está llamado a ser testigo de la felicidad entre los hombres. ¿No será ésta una de las mejores maneras de ir cambiando nuestro ambiente, la sociedad y el mundo en que vivimos?

IV. Radio Vaticano

Estamos en el cuarto domingo del Tiempo Ordinario. La liturgia de la Palabra en este Ciclo A nos propone como primera lectura parte de los capítulos 2 y 3 del

Profeta Sofonías, la parte final del primer capítulo de la Primera Carta del Apóstol san Pablo a los Corintios, y el evangelio es el capítulo 5 de san Mateo.

El Salmo Responsorial es el 145, que tiene como antífona "Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos".

Sofonías, uno de los doce profetas menores que vivió en el siglo séptimo antes de Cristo, pide a los humildes que busquen al Señor, que busquen la justicia, la moderación, que cumplan sus mandamientos, para ver si así alejan y se resguardan del día de la ira del Señor. Por lo visto, muchos en el pueblo estaban viviendo de espaldas a Dios, y el Señor es consciente que el llamado que hace a través del profeta probablemente no lo escuchen todos, sino un pequeño grupo, un pequeño "resto" que se destacará porque no cometerá maldades, ni dirá mentiras, ni se hallará en su boca una lengua embustera. Ese resto será fiel a los mandamientos, fiel a la palabra de Dios. Podemos decir que hoy ese "resto de Israel" somos los cristianos, los católicos que con convicción vivimos nuestra fe y tratamos de cumplir los mandamientos. Y digo que también hoy somos un pequeño resto, porque muchos son los bautizados, muchos los que se dicen cristianos, pero en verdad son pocos los que se destacan por el cumplimiento de las leyes de Dios. Y como prueba de ello vemos que muchos que se identifican como cristianos son los primeros en contestar, en no dar testimonio de la fe, en querer vivir principios que le atribuyen a Dios, pero que al final son preceptos que se dan a sí mismos para vivir sin rendir cuentas a Dios. Pues ante estos, y ante la sociedad misma que tiene hostilidad a la fe, seamos nosotros ese pequeño resto que confía en el Señor, que le consagra su vida, que se alimenta de sus sacramentos, que abre su corazón al Espíritu para dar testimonio de la fe.

San Pablo, reconoce que los elegidos de Dios, los cristianos, pertenecemos a él no por nuestros méritos, sino por un don grande de Él, porque Él lo ha querido así.

Inclusive dice san Pablo que miremos nuestra asamblea, nuestra Iglesia, no es que haya muchos sabios en lo humano, o poderosos, o aristócratas, sino más bien todo lo contrario, gente humilde que se esfuerza por vivir con entereza su fe. Y si alguno llega a destacarse que ese reconocimiento no sea como un premio personal, sino que sea como un reconocimiento a su entrega a Dios. Esta debe ser nuestra actitud permanente en el trabajo comunitario, en el trabajo evangelizador que hacemos, porque al final, no somos nosotros los protagonistas, sino que es Cristo, que es hacia quien deben ir todas las personas que encontramos en nuestro camino y a las que invitamos a que crean como lo hacemos nosotros. En eso consiste el testimonio que debemos dar como creyentes, mostrar al mundo lo bueno y bello que es vivir como hijo de Dios.

El evangelio que meditamos en la misa de este domingo es el de las bienaventuranzas, como nos las presenta Mateo, en el marco de un encuentro de Jesús con la multitud en la montaña. Démonos cuenta que el detalle de la montaña no es sólo la descripción de un lugar físico, un lugar elevado, sino que bíblicamente se refiere a un ambiente de oración y de encuentro con Dios, de modo que estas cosas que dice Jesús las presenta en este clima maravilloso de comunión con el Señor. Y si bien nos pueden parecer contradictorias, en el sentido que el Señor dice que somos dichosos cuando somos pobres en el espíritu, o cuando sufrimos, o cuando lloramos, o cuando tenemos hambre y sed de justicia, Jesús también nos consuela al decir que al ser misericordiosos, al

trabajar por la paz, y al ser perseguidos por causa suya, tendremos una recompensa muy grande en el cielo.

Estas palabras de Jesús deben ser para nosotros una motivación fuerte para no desfallecer en la obra de evangelización, especialmente cuando tengamos dificultades o problemas, porque nos debe invadir la certeza que Dios no nos abandona y siempre nos acompaña para hacernos dichosos, bienaventurados.

Hoy finalizo con las mismas palabras que le dijo Jesús a la gente, que son también para nosotros: "Estén alegres y contentos, porque su recompensa será grande en el cielo".